

chos se apoderaba la muchedumbre, que no contenta con esto desahogaba su ira maltratando á los infelices prisioneros. Dignos siempre de reprobacion tales desmanes, y más con gente vencida, algo los atenuaba, aunque disculparlos no puede nunca, el ser cometidos por la irreflexiva plebe, sobreexcitada además por el inficuo comportamiento de aquellos en dos principales ciudades de Andalucía.

Menos disculpa cabe, ó por mejor decir, ninguna hallamos para las autoridades españolas que bajo injustificables pretextos dejaron de cumplir la capitulacion. Por uno de sus artículos todas las tropas francesas de Andalucía debian ser embarcadas en buques españoles y conducidas á Rochefort. El general Castaños bien queria que se cumpliese lo estipulado; pero el gobernador de Cádiz, Morla, fué de opuesto dictámen, primero so pretesto de no haber suficientes buques para el trasporte, después sosteniendo abiertamente la inadmisibile y funestísima máxima de que no habia obligacion de guardar fé ni humanidad con quienes habian invadido traidoramente el reino y habian cometido tales sacrilegios é iniquidades. Y como si tal doctrina no fuera destructora de todo derecho y repugnante á la razon, y como si un crimen pudiera justificar otro crimen, la junta de Sevilla tuvo la flaqueza de deferir á la opinion de Morla, y las tropas de Vedel como las de Dupont fueron encerradas en las fortalezas y en los pontones de la bahía de Cádiz, y

por último, despues de tenerlas en ruda y penosa cautividad, fueron entregadas como prisioneras á merced del gobierno inglés. Causanos honda pena que de este modo se empañara el brillo de la gloriosa jornada de Bailen!

Sobre la importancia y trascendencia de la memorable victoria de Bailen nada queremos decir nosotros, porque no se atribuya nuestro juicio á apasionamiento y á esceso de amor patrio. Contentámonos con transcribir lo que sobre ella dice un historiador francés: «No »habia en el imperio un general de division mas alta- »mente reputado que Dupont. La opinion del ejército, »de acuerdo con la estimacion del soberano, le llevaba »al primer grado de la milicia; y cuandó partió para »Andalucía, nadie dudaba que iba á encontrar en Cá- »diz su baston de mariscal.....»—Y mas adelante: «Cuando Napoleon supo el desastre de Bailen..... der- »ramó lágrimas de sangre sobre sus águilas humilla- »das, sobre el honor de las armas francesas ultrajadas. »Aquella virginidad de gloria que él juzgaba insepara- »ble de la bandera tricolor se habia perdido para siem- »pre, habia desaparecido el encanto, los invencibles »habian sido vencidos, puestos bajo el yugo, ¿y por »quién.....? por los que en la política de Napoleon eran »considerados y tratados como pelotones de proletarios »insurrectos. Su golpe de vista exacto y rápido pe- »netró en el porvenir. Por la capitulacion de Andújar, »la Junta, que no era ántes sino un comité de insur-

»gentes, vino á hacerse un gobierno regular, un poder. España debió aparecer de repente altiva, noble, apasionada, poderosa, tal como habia sido en sus tiempos heróicos. La imaginacion borraba de las páginas de la historia los recuerdos descoloridos de los últimos reyes austriacos y de los Borbones, y enlazaba y confundia los triunfos de Pavía y las palmas de Bailen. ¡Qué fuerzas y que poderío iban á ser necesarios para domar una nacion que acababa de conocer lo que valia.....! ¡y qué efecto en las demas naciones! La Inglaterra deliró de gozo: la Europa oprimida se volvió hácia la España, y todos los pueblos fijaron sus miradas en el punto de donde saltaba de una manera tan imprevista un destello de luz que habia de alumbrar al mundo (4).»

Estremecióse José Bonaparte en su recién ocupado sólio, así como el general Savary, cuando supieron de

(4) Foy, Historia de la Guerra de la Península, lib. VI.—Además de la imparcialidad que se observa en este juicio del historiador francés, es sin duda el general Foy uno de los escritores extranjeros que con menos apasionamiento han referido así los movimientos como los hechos principales y los incidentes que precedieron, acompañaron y siguieron á esta memorable batalla.—Thiers, ya que la notoriedad y la evidencia del resultado no consiente atenuar la importancia de nuestro triunfo, disminuye cuando puede las fuerzas francesas, aumenta con manifiesta inexactitud las españolas, y procura, para rebajar

el mérito de la acción, atribuir poco á la inteligencia de los gefes y al valor de las tropas de España, mucho á la influencia del clima ardiente y del sol abrasador de julio sobre los soldados franceses. No negaremos que esto contribuyera á su abatimiento, pero también en nuestras filas habia, además de los regimientos suizos, muchos soldados naturales de las provincias del norte de España, que ciertamente no serian insensibles á los cuarenta grados de calor y á los rayos del sol que sobre sus cabezas caían á campo raso como sobre las de los franceses.

cierto y de un modo oficial la completa derrota de su ejército de Andalucía y la capitulación de Bailen, que un vago rumor, al cual no acertaban á dar fé, habia hecho ántes llegar á sus oídos. Inmediatamente convocó un consejo de generales y de personas calificadas para ver qué partido habria de tomar. Discordaron en él los pareceres, pero adoptóse el de Savary, que fué abandonar la capital, retirarse al Ebro y pedir refuerzos á Napoleon. ¡Tan negro se les representaba el semblante de las cosas! Tomaron al efecto sus disposiciones: hicieron replegar en aquella direccion á Bessières y Moncey con las fuerzas de Castilla y de Valencia; clavaron la artillería del Retiro y casa de la China, en número de más de ochenta piezas, é inutilizaron y arrojaron al agua las cajas de fusiles y municiones que no podian llevar; recogieron las alhajas de los palacios reales que les restaba arrebatarse, y acordaron su salida para el 30 de julio, dejando á la libre voluntad de los españoles comprometidos por su causa el quedarse ó seguirlos. De los siete ministros del rey José, cinco se decidieron á acompañarle y seguir su suerte, á saber; Cabarrús, O'Farril, Mazarredo, Urquijo y Azanza; dos optaron por permanecer en Madrid, Peñuela y Cevallos. Imitaron el ejemplo de estos últimos los duques del Infantado y del Parque. A juicios diversos dió ocasion y lugar la conducta de unos y otros.

Dejemos á otro historiador francés hacer la descripción de esta retirada, que nos gusta oír la verdad

de boca de quien no puede ser tachado de parcial, ni siquiera de afecto á España: «Ninguno (dice) de cuantos
»siguieron al rey José pudo lograr llevar consigo un
»criado español: los hombres de esta condicion quedá-
»ronse todos en Madrid: en palacio y en las caballeri-
»zas reales habia empleados mas de dos mil indivi-
»duos, y de miedo que se tratase de obligarlos á se-
»guir la nueva monarquía desaparecieron de la noche
»á la mañana. El rey José, por lo tanto, apenas halló
»de quien servirse en su retirada..... Salió de la córte
»sin que se le dirigiese ningun apóstrofe insultante,
»porque su persona habia logrado inspirar cierta es-
»pecie de respeto. La poblacion vió partir á las tropas
»francesas con una alegría que era muy natural.....
»Desde esta retirada ya no quedaba en la península ni
»siquiera una persona que fuese adicta al rey José; ni
»el pueblo, que jamás le habia querido; ni la clase
»elevada, ni la clase media, las cuales, despues de ha-
»ber vacilado un momento por temor á la Francia y
»con la esperanza de las mejoras que podian esperarse
»de ella, ya no vacilaban, al ver que la Francia misma
»se declaraba vencida en el hecho de retirarse de Ma-
»drid. El ejército retrogradó lentamente por la carre-
»tera de Buitrago, Somosierra, Aranda y Burgos, y en-
»contrando en el camino numerosas huellas de la cruel-
»dad de los españoles, no pudo contener su exaspera-
»cion y se vengó horriblemente en algunos puntos (4).

(4) Tales como el Molar, Buitrago, Pedrezuela, etc. La villa

»El hambre, que contribuía poderosamente á exaltar
»su cólera, hizo que nuestras tropas causaran grandes
»destrozos en su tránsito, é iban señalándolo en tan
»terribles términos, que llegó á su colmo el encono de
»los españoles (1). Espantado José al considerar los
»sentimientos que necesariamente habian de provocar
»escesos semejantes, luchaba en vano por impedirlos,
»y solo consiguió herir la susceptibilidad de su mismo
»ejército, cuyos soldados decian que más valia que se
»interesara por ellos que le sostenian, que por los es-
»pañoles que le rechazaban.....

»El rey José y los que le rodeaban, desanimándose
»por momentos, no se creyeron seguros ni aun en
»Burgos... y juzgaron oportuno dirigirse al Ebro,
»escogiendo á Miranda para cuartel general..... de
»manera que solo se contemplaron en seguridad cuan-
»do se vieron resguardados por el rio, y teniendo,
»ademas de los 25.000 hombres de Madrid, mas de
»20.000 de Bessières, los 17.000 de Verdier, y toda
»la reserva de Bayona (2).»

de Venturada fué completamente
abrasada y destruida.

(1) Ni el hambre, ni acaso tal
cual exceso que los españoles hu-
bieran podido cometer, y menos
en aquella carrera que siempre

habian tenido dominada los fran-
ceses, pueden justificar los des-
trozos horribles que señalaron
esta retirada del rey José.

(2) Thiers, Historia del Impe-
rio, lib. XXXI.